Educación y género

La ética del placer

El 28 de mayo de 2003, Graciela Hierro dictó esta conferencia magistral en el acto inaugural de la IV Feria Estatal de las Mujeres, celebrada en el complejo administrativo del Gobierno del Estado de Colima. En esta entrega, GénEros *la publica en recuerdo a lo que fue la última de tantas visistas que Graciela Hierro hiciera para alentar el fortalecimiento de los estudios de género dentro y fuera de la Universidad de Colima.*

Graciela Hierro ✝

En este texto voy a referirme a la educación como ciencia y a la perspectiva de género. Deseo proponer una idea de educación humanista, apropiada para el tiempo en que vivimos, que culmina en la ética del placer. Por educación entiendo el proceso de adquisición de conocimientos, habilidades y actitudes con un fin ético. Es decir, la educación necesariamente nos convierte en mejores personas. A diferencia de la instrucción, la socialización, la masificación, el lavado de cerebro y otros procesos afines que no siempre tienen un contenido ético.

El proceso educativo, para que en efecto lo sea, debe contar con la voluntad de la y el educando. Por lo cual, a mi juicio, toda educación termina siendo auto-educación; siguiendo a Pablo Freyre, creo que "nadie educa a nadie", todas las personas nos educamos a nosotras mismas en la comunidad, en un tiempo que se inicia cuando tomamos nuestra vida en nuestras manos y que termina con la muerte.

El proceso educativo nos convierte en personas, y por persona entiendo ser moral, libre y digna. Porque no nacemos personas, nos convertimos en personas a través de nuestro propio esfuerzo educativo, que se constituye de acuerdo con el género, la condición social, histórica, racial, étnica, geográfica y del ciclo de vida en que nos encontremos.

Resumiendo, diré que la educación es un proceso que sólo se da entre humanos, es por ello que la educación y el humanismo van entrañablemente unidos.

Las disciplinas que apoyan la educación son la ética, esto es, la filosofía de la educación; la sociología de la educación, que estudia las condicionantes sociales que afectan el proceso educativo y la psicología de la



♦♦♦

educación, que estudia las condicionantes sociales que afectan el proceso educativo, entre otras ciencias.

En este contexto, me referiré a la filosofía de la educación y la perspectiva de género y propondré una nueva visión de la educación humanista desde la ética del placer.

La perspectiva de género

Supone el análisis de las preocupaciones conceptuales, temáticas y metodológicas que se derivan del concepto de género. En primer término es necesario hacer la diferencia entre el sexo, que es un hecho biológico, y el género, que es un concepto que connota una construcción social que se confiere a un cuerpo sexuado. En otras palabras, es la interpretación del significado social del hecho biológico de haber nacido hombre o mujer. Los sistemas de género suponen prácticas, símbolos, representaciones, normas morales y jerarquías de valores.

Los estudios de género se ocupan de este ámbito de conocimiento; en ese sentido, el concepto de género es la herramienta heurística central para desentrañar la diferencia entre sexo y género, el primero como fenómeno natural y el segundo como condicionado por la cultura.

La educación humanista

Históricamente se han dado dos formas de concebir la educación para las mujeres y los hombres. La tradicional, que hace énfasis en la obediencia a los patrones acostumbrados de identidad del género, y la educación activa o nueva.

En el caso de los sujetos femeninos, la identidad de género está centrada en el matrimonio, la maternidad y el cuidado infantil. En el caso de la masculina, en el trabajo, el éxito y la competencia. Y la llamada educación nueva o activa, que surge de una preocupación por la y el educando, por seguir sus necesidades e intereses, más allá de las formas acostumbradas de ser y actuar, es la educación humanista.

La educación de las mujeres es un problema que apenas se ha comenzado a investigar, por parte de las mismas mujeres. Tradicionalmente, fuera de algunos ejemplos aislados, se pensaba que "educar" a las mujeres era muy sencillo. Solamente habría que seguir "el instinto femenino", puesto que se pensaba que ellas, en forma "natural", sabían ser madres, esposas y amas de casa.

Es hasta fines del siglo XX que la psicología y la sociología nos han iluminado acerca de las diferencias —no sólo de género— sino también respecto de la llamada "conducta instintiva". Estudios como el de Elizabeth Badinter cuestionan la existencia del llamado "instinto maternal".

El humanismo

El humanismo, según la enciclopedia Webster, se refiere a "cualquier sistema o forma de pensar o actuar en el cual el interés humano, los valores y la dignidad personal predominan". Como afirma Heidegger en su *Carta sobre el humanismo*, significa meditar y cuidar que el ser humano sea humano y no inhumano: se puede hablar de varias interpretaciones de cómo alcanzar lo humano, por medio de la *paideia*. Para el mundo griego clásico era conocerse a sí misma/o e imitar al "hombre prudente"; la educación para lo social, en el marxismo; la educación para la salvación en el cristianismo; la autenticidad para el existencialismo y la cientificidad-racional para la época actual.

El humanismo y la ética del placer

La forma nueva de humanismo que surge a partir de la perspectiva de género es un humanismo que no asimila lo humano únicamente al ser masculino, al "hombre"; es decir, no considera "lo humano" como la representación del género masculino (civilizado, blanco, cristiano). Se trata de un humanismo de la diferencia sexual, que considera lo humano como lo propio de ambos géneros, que comprende la realidad humana en forma binaria. La nueva visión del humanismo surge naturalmente de relacionar el concepto de género con el de humanismo, lo cual nos permite afirmar que el feminismo es un humanismo, parafraseando a J. P. Sartre, que culmina en la ética del Placer.

La ética del placer

Carpe diem

La ética del placer sigue el interés personal, es decir, obedece a las necesidades, los deseos, los intereses y las inclinaciones de las mujeres, tal como ellas mismas los expresan y los llevan a cabo.

Es una ética de libertad y madurez, porque significa para ellas la posibilidad de alcanzar el derecho al placer, al deseo y a la expansión del erotismo, perdida en los avatares de las manzanas y las prohibiciones. Todo lo que sucede en las culturas donde a las mujeres tradicionalmente se les reprime el goce, por seguir unida su sexualidad a la procreación, generando la falsa dicotomía entre goce y autoestima.

Se alcanza la libertad una vez que se han recorrido caminos de la vida que permiten alcanzar una cierta medida de autonomía, que sólo es posible para las mujeres cuando se apoderan de su propio cuerpo. Gene-

ralmente la ruta se inicia por el método-camino, a partir de la crisis moral de la adolescencia, cuando se toma conciencia de que las normas morales impuestas pueden ser cuestionadas. Es entonces cuando se levanta la necesidad de legitimar la propia acción ajustada (justificada) frente a la propia conciencia; posteriormente frente a las/os demás y la divinidad, si así lo requiere la propia creencia. Porque, como afirma Savater, reflexionar éticamente consiste en decidir mediante razones lo que en cada momento es preferible hacer. Se inicia así la ética de la libertad que va formando la conciencia moral para la autonomía. Cuando se ha constatado que la decisión ética puede ser diversa de la moralidad tradicional y a pesar de ello legitimada, se está ya en posición de ejercer los propios criterios de justificación moral.

Para las mujeres esto sucede en el momento en que logran desligar la sexualidad de la procreación, y se alcanza la posibilidad del erotismo y su culminación en el amor; entonces, se está en la posibilidad de emprender el camino para el pleno uso de los placeres, condición necesaria para acceder a la madurez, último escalón del desarrollo moral.

Es necesario el uso de la racionalidad, entendida como el ejercicio de la prudencia, que permite ajustar la conducta a la circunstancia concreta, para alcanzar la bondad del goce unida a la consideración del interés social.

La ética del placer se enfrenta al mal, desde el goce de la virtud, entendida ésta como el deseo de ser en plenitud. En una lectura nueva de la mitología, se contempla a Eva como iniciadora de la vida de aventura y experimento, que se levanta de su curiosidad de mujer, perfumada por la sensualidad que subyace en el mito semítico, como parte fundamental del origen de la culpa. Es Eva la real, "santa patrona de la filosofía", porque en el occidente la filosofía nace del asombro, ocasión ofrecida por Eva, quien ha dado pie para que se devele: "nuestra voluntad de preguntar e indagar en lo prohibido que comienza con un mordisco dado a una inocente manzana...". Es esta señal de la conexión que se da entre prohibición y conocimiento, deseo y excitación, rebeldía y muerte. Como afirma Quesada [1994], es Eva la que "pecadoramente nos abrió el mundo hacia el juego, la aventura, el placer, la muerte y la vida".

De Pandora y Eva surge la curiosidad que es la fuente del conocer; el deseo, origen del placer, y la nueva mirada de las mujeres que se han apoderado de su cuerpo y desarrollan su visión nueva de su existencia.

Ética de la madurez

La ética del placer supone alcanzar la edad de la discreción; esto sucede —independientemente de la edad cronológica— cuando las pasiones existen tan fuertes como siempre, pero con la ayuda de la experiencia se ha adquirido un poder que da sabor a la existencia; permite tomar la propia experiencia y examinarla a la luz de lo vivido, darle vueltas lentamente, a la luz de lo sabido, lo experimentado y lo deseado, y sopesar el juego de la pasión. También es cierto que en la madurez no se está tan a merced de los otros, se puede gozar de la vida, en la compañía, y en la soledad, pero ello depende de la propia decisión. La vida entera es corta para extraer de la existencia ese sabor que da el poder adquirido, el poder de la experiencia que brinda placer, con significado sólido y menos personal. También el sufrimiento se aminora —me refiero al sufrimiento, que podríamos llamar moral—, porque el dolor físico tiene otros avatares. Esto sucede cuando ya no se tiene la necesidad de recabar a cada instante la aprobación de los demás, parámetro del valor femenino tradicional, que como sabemos es una pasión por demás inútil.

Hemos de distinguir —sin embargo— el deseo de la felicidad, de la búsqueda "instintiva" del placer psicológico, que se expresa en la idea freudiana del "principio del placer", que supone el incesante deseo del goce que arrastra a las acciones humanas en el intento ineludible de huir naturalmente del dolor y la muerte. Si ésta es la conducta instintiva, yo me refiero a la acción propositiva, es decir, a la conducta que surge de la reflexión racional que supone el deseo consciente de felicidad positiva, de gozar lo que se experimenta y aceptar lo que se sufre, al encontrar el sentido profundo al dolor, en su posibilidad de hacernos crecer.

El sentido de la vida es crecer, desarrollando las propias capacidades del carácter, precisamente para enfrentar los avatares de la existencia, e ir alcanzando la metamorfosis que nos permita la subsistencia en paz, aunque aceptemos con Hobbes, que en la vida humana todo está contra nosotras. Expresado también por Agustín de Hipona en la idea de que "todas las horas nos hieren y la última nos mata". A nosotras, seres para la muerte. Y así hemos de enfrentar el mal físico de la enfermedad y la muerte y el mal moral de la disminución del ser propio o su aniquilamiento como ha sido, para las mujeres, por ejemplo, la "virtud" de la abnegación *ab negatio*, la negación de sí misma.

Si bien el ejercicio de la ética del placer de ninguna manera elimina los dolores inevitables de la experiencia que se vive como un mal, la búsqueda del placer también significa el deseo de huir del mal y del sufrimiento



innecesario. El mal existe, el mundo está lleno de él, a veces es banal y desesperante; otras es increíble por el horror que produce. Llega a estar institucionalizado entre nosotros, alabado y honrado, sostenido de tal manera que para muchos ya no se reconoce como mal. Las formas tradicionales que se enfrentan al mal son el castigo y la amenaza del castigo, a un castigo eterno. Ninguna de éstas, me parece, ha sido la respuesta adecuada al mal.

Parece ser que en última instancia el anhelo propiamente humano es el de amor, y por ello el fundamento último de la acción ética que tercamente se encamina en busca de la felicidad hedonista; habrá pues que enfrentarse al mal, se hace necesario estudiar la posibilidad de considerar el mal en un sentido profundo. Primero, borrando el falso dilema de que el bien sin el mal sería imposible; el bien puede existir y de hecho existe por derecho propio, no así el mal. Tradicionalmente se afirma que no sabríamos cómo distinguir el bien sin el mal. Sin embargo, podemos considerar el mal no como el recíproco del bien, tampoco su opuesto. El bien y el mal no son un par inseparable, como el dentro y el fuera, el cóncavo y el convexo. El mal no origina nada, reacciona contra lo existente, para distorsionarlo o destruirlo. El bien origina todo, no tiene que estar referido a algo más allá de sí, a su contraste con el mal, para ser concebido o existir. El mal sí es dependiente del bien, pero el bien no es dependiente del mal. El mal es relativo; el bien puede ser relativo, pero también para muchas el bien es absoluto. Si el mal es relativo puede ser explicado, aunque es sutil y complejo.

Explica Bruteau que el mal obedece a una necesidad básica: subsistir, mantenerse en el ser a toda costa. Mantener una auto-imagen que el agente tiene de sí, y que si no la mantiene, entonces se disminuye, porque nada ni nadie va a sostenerla. Y la disminución produce sufrimiento innecesario. Las disminuciones pueden ser de varios tipos, desde la pérdida de la propia vida, de la propiedad, de la reputación, de la habilidad de ganarse la vida, de la propia autoestima, del sentido de sentirse bien. Y es precisamente para evitar la pérdida de estas cuestiones, que al parecer sostienen la vida, que las personas actúan mal. No es la respuesta a la posibilidad de la pérdida, es la reacción frente a una pérdida que se considera real, porque la persona a menudo ha sufrido pérdidas importantes a través de su vida. En suma, se elige el mal bajo presión y para preservar su ser. Para conservar la descripción de la propia autoestima, porque a menudo el agente del mal ha sufrido disminuciones, daños, físicos y afectivos y desconfía de los demás. Hacer el mal es una forma especial de probar que uno es "libre" e independiente y puede ir contra todo, produciendo el sufrimiento innecesario a los otros. En suma, el mal surge del miedo, del miedo terrible, anclado en la profundidad del ser, del miedo existencial. [Bruteau, 1994]

En esta visión, el mal surge de la falla del amor a sí misma y a los demás. El amor comprendido como el fundamento del placer, en el sentido que Agustín de Hipona afirma en el famoso: "ama y haz lo que quieras". Amar es buscar el placer y huir del dolor. Si bien, en la madurez, se ha comprendido que el dolor y el sufrimiento son inevitables y que el placer y el dolor son los constantes de la experiencia cotidiana.

El sufrimiento —distinguible del dolor— no proviene del mal, sino de otros avatares de la existencia; puede ser a partir de los conflictos psicológicos del propio agente, de las fallas en las relaciones humanas, de la carencia de sentido de realidad y de la aceptación de los avatares de la existencia. Podemos —ante el sufrimiento— reaccionar con el mal, pero también con el bien; en este úl-

timo sentido, cuando podamos "a pesar de todo conservar el amor" en forma de autoestima, tal como Mrs. Dallowey, elegantemente enseña cuando advierte: "las mujeres sorprendemos al mundo, cuando en los momentos de mayor sufrimiento actuamos como una dama". [Woolf, Virginia]

En la ética del placer, cuya norma es la búsqueda de satisfacción del propio interés, sin excluir el interés social, el énfasis está dado en este sentimiento que se busca y se desea. Compensa así el dolor cuando aparece. Sabemos que nunca el placer es constante; tampoco lo es el dolor. De hecho, unos momentos su suceden a otros. El placer derrota al miedo que conlleva el mal, es el bien que lucha contra el mal y alcanza la espiritualidad, entendida como la existencia en paz consigo misma y con los demás.

Ética y espiritualidad

También la madurez puede apuntar hacia un sentimiento místico de unión con el todo. La idea de trascendencia, de misterio, de espiritualidad y de divinidad —no necesariamente dentro de un dogma— que conlleva el sentimiento de paz; la paz como la condición de felicidad, la serenidad que mantiene la esperanza del placer, a la espera, al acecho del placer.

Será precisamente en un océano de serenidad cuando aparezcan los islotes de placer resultado de la acción ética.

Conclusiones

La educación democrática pugna por la igualdad real, conservando la diferencia de género; las mujeres no queremos ser hombres, sino mujeres; no educarnos como hombres, gobernar como hombres, no crear como hombres, no amar como hombres; deseamos ejercer nuestra vida desde un cuerpo de mujer que nos pertenece; trabajar, amar y compartir con los hombres la creación, en México, de la "otra forma de ser humano y libre", como proponía Rosario Castellanos, en la esfera familiar, educativa, social y política en nuestro país. [Hierro, G. 1992]

Es necesaria la creación de la nueva educación femenina y masculina, que supone el cambio de la imagen tradicional de unas y otros basada en la diferencia sexual de género. Esto sucede, en primer lugar, porque el contexto social de aprendizaje no es estático; se suceden periodos de cambio rápido, causado por condiciones sociales distintas, como los desastres económicos, y la guerra; suceden innovaciones tecnológicas (por ejemplo los anticonceptivos), todo lo cual promueve comportamientos nuevos, con mayor capacidad de adaptación a las situaciones sociales cambiantes. Conciencia que apoye el desarrollo en lo personal y en lo político, participando en los movimientos sociales.

El movimiento político de las mujeres —el feminismo— es la expresión de sufrimientos ampliamente compartidos; sin embargo, las personas se vuelcan hacia la acción política cuando sienten que el gobierno tiene alguna responsabilidad en la ayuda necesaria para remediar sus problemas; porque gran número de esperanzas y miedos nunca alcanzan la voz política, porque las personas tienden a visualizar sus problemas como personales, y se dirigen a sí mismas, a sus familiares o a sus amigos, para buscar soluciones, más que a solicitar la acción de las autoridades políticas.

El significado de ser mujer y de ser hombre se ha transformado en el transcurso de este nuevo siglo; los cambios en las familias, en la educación y en la experiencia de trabajo, han hecho surgir la nueva educación democrática, apoyada en la visión de ética del placer que permite la formación de identidades autónomas que han comprendido que quien controla tu placer te controla a ti. ♦

Bibliografía

Badinter, Elizabeth. "L'un est l'autre: des relations entre hommes et femmes". París, France. L'oisire.

Castellanos, Rosario. "Otro modo de ser humano y libre". Citado en: Hierro, Graciela (1992).

Hierro, Graciela. 1994. "Género y poder". En *Perspectiva femenina* (Antología). Editada por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, Puebla.

—. 1992. "Democracia y género" en: *Participación política de la mujer*. Editado por Cambio XXI Fundación mexicana, A.C. México.

—. 1985. "Ética y feminismo". Editorial UNAM, México.

—. 1994. "Naturaleza y fines de la educación superior". Editorial UNAM.

—. 1994. "De la domesticación a la educación de las mexicanas". Torres y Asociados.

—. 2001. "Ética del placer". Coordinación de Humanidades UNAM. Diversa, 16, México.

Zambrano, María. 1958. "Persona y democracia". San Juan de Puerto Rico, Departamento de Instrucción Pública.